

sucesos o crisis que, en sus variaciones, empiezan de nuevo, constantemente, la misma escena²³, según ese movimiento de perpetua aparición que es el del presente mismo: «Paréceme, Sancho», declara Don Quijote al salir de una de sus numerosas desventuras, «que no hay refrán que no sea verdadero, porque todos son sentencias de la misma experiencia, madre de las ciencias todas, especialmente aquel que dice “Donde una puerta se cierra, otra se abre”».»²⁴ Como en la vida. Donde tampoco hay «historia», sino sólo encuentros, confrontaciones, fusiones, separaciones. Por eso Alain Fournier puede escribir muy significativamente, al comienzo del siglo XX: «Con Laforgue desaparece del todo el personaje, es decir, que le importa absolutamente un bledo. Él es a la vez el autor y el personaje y el lector de su libro. El personaje se embarca una tarde de agosto: ¡ah! los crepúsculos de los pequeños puentes en verano; ¡oh! las golondrinas que pasan volando, los perros que ladran a la luna en una gabarra amarrada. Vamos, ya está bien: el personaje está ahora al sol, en primavera: ¡ah! esas mañanas que ya no se encuentran con abejas en las hierbas, y... Evidentemente, esto es más verdadero que todo, más profundo que todo. No hay superchería, no hay historieta. *Esto ya no es una novela*, es otra cosa». ²⁵ Esta «otra cosa», este «libro sobre nada» en el que ya soñaba Flaubert en 1852, «un libro sin ataduras que se mantendría por sí mismo por la fuerza interior de su estilo (...), un libro que casi no tendría tema... así será la novela en el siglo XX». Pues, del propio Flaubert a Duras, Sarraute o Simon, pasando por Dostoievski, Proust, Kafka, Joyce, Virginia Woolf, Faulkner, Lowry, Beckett, Onetti, Rulfo, García Márquez y muchos otros, ¿qué ha hecho la novela sino explorar las vías que le permitirían, mientras cuenta y hace, por tanto, durar el placer, cruzar la narración hacia esa «fuente del tiempo» donde ya sólo brilla la luz del presente? Como lo pone de manifiesto la lectura que hizo Nabokov de las *Almas muertas* de Gogol: «Resumamos: la historia camina así: refunfuñeo, impulso lírico, refunfuñeo, impulso lírico, refunfuñeo, apogeo de lo fantástico, refunfuñeo, refunfuñeo, luego retorno al caos de donde todos habían salido». Lo que evidentemente le interesa aquí al novelista en la novela no es ni una historia, ni un mensaje, ni el desarrollo de un pensamiento, sino ese movimiento, esa *física* del texto, donde se inscribe por intermitencias la intensidad de una aparición. En una palabra, su ritmo.²⁶

²³ Una escena que bien podría denominarse «primitiva», ya que no cesa de representarnos la confrontación de los libros y de la vida.

²⁴ Don Quijote, *Primera parte*, cap. XXI.

²⁵ Citado por Marcel Raimond en *La crise du roman*, p. 214, Corti, 1985.

²⁶ «Si esperáis descubrir algo a propósito de Rusia» —escribe también Nabokov—, «si os interesáis por las ‘ideas’, por los ‘hechos’, por los ‘mensajes’, dejad a Gogol».

A la inversa, si el poema ha dejado la forma exterior narrativa que era antaño a menudo la suya, no es para agotarse en la intransitividad y sus señuelos, que han fracasado en este siglo, desde la «poesía pura» de los años 20 hasta el neomallarmeísmo de los años 70, sino para descubrir su propia narratividad. Que no es del orden de la ficción o del relato –de lo que sucede–, sino del recitativo y del ritmo –de lo que pasa. *Una temporada en el infierno*, *Prosa del Transiberiano*, *Anábasis*, *El hombre aproximativo*, entre nosotros y, en el extranjero, obras como *Altazor* de Huidobro, *La tierra baldía* de Eliot, los *Cantos* de Pound, la *Oda marítima* de Pessoa, *El Cristo de Velázquez* de Unamuno, *Espacio* de Jiménez, los grandes poemas meditativos de Cernuda, *Piedra de sol* de Paz, o los monólogos de Ritsos, por no citar sino algunas de las grandes experiencias de la poesía occidental reciente, participan de aquella narratividad. La cual, hay que subrayarlo, no está necesariamente asociada a la longitud del texto, ya que puede estar igualmente presente en la concentración más extrema, como en el haiku japonés o en ciertos poemas breves de Reverdy, de Follain, de Ritsos de nuevo. Cada vez, un acontecimiento se produce en el espacio reducido del texto, una especie de pequeño drama que, en lugar de conducirnos al desenlace esperado, se detiene en seco, anula la palabra del final, dejando al lector al borde de un suspenso enigmático: el del presente en su aparición:

*Ruido de alguien
sonándose con los dedos
los ciruelos resplandecen.*

De la novela al poema, la misma corriente atraviesa la literatura, destruyendo la distinción de géneros, las clasificaciones reductoras y haciendo del acto de escribir «la consecuencia inmediata de la intensidad de vivir».²⁷

La realidad –nuestra descripción del mundo– está sufriendo una mutación rápida y profunda, desde que hemos entrado en la era de las sociedades de comunicación y de control. Potencialmente, las fronteras ya no existen y las lenguas vernáculas retroceden por todas partes ante la invasión de una lengua hegemónica cuya cultura estándar opera, a través del impresionante desarrollo de los medios, un lavado de cerebro colectivo tanto más eficaz cuanto que se hace con placer, por tanto sin dolor. Desde este punto de vista, si el modelo de sociedad de *El mejor de los mundos* triunfa, el de 1984 tiene aún hermosos días ante él con la conquista del planeta por la informática. Lo que, en sí, podría ser un extraordinario instrumento de libe-

²⁷ Ludwig Hohl, Notes. *L'Age d'Homme*, 1989.

ración individual, pasa a convertirse en un formidable medio de control. En un artículo breve pero sugestivo²⁸, Gilles Deleuze muestra que vivimos hoy «la instalación progresiva y dispersa de un nuevo régimen de dominación»; que las sociedades «disciplinares» de encerramiento del individuo (familia, escuela, cuartel, fábrica, hospital, prisión) ceden el puesto a sociedades de control: ya no el espacio cerrado de la fábrica sino el espacio abierto y omnipresente de la empresa; ya no la escuela, sino la formación permanente; ya no el examen, sino la evaluación continua; ya no el hospital, sino los cuidados a domicilio. Aparentemente libre en sus movimientos (ya no está encerrado), el individuo entra en un sistema de coerción total, pues es invisible y no tiene fallos. Traspasado por una ideología de la competición que lo anula al oponerlo a los otros («ganar») y al separarlo de sí mismo («sobresalir»). Ya no es una firma, ni siquiera un número, sino un signo numérico tomado en la red abstracta de los flujos (digitales, monetarios) que urden hoy el mundo.

¿Qué lugar puede quedarle entonces a la poesía (a la literatura)? Ninguno, evidentemente. Y es esto lo que la salva. Del mercado o de la industria cultural a los cuales algunas artes, aparentemente menos favorecidas, como el cine, la pintura o incluso la novela, están particularmente sometidos. Puñado de signos, soplo que pasa de boca en boca, el poema no es un objeto monetario. No tiene (no ha tenido nunca) lugar, pues es el lugar vacío de una aparición: la del presente en el pasaje de un cuerpo, de una voz. Intempestivo, no programable, inesperado, como la vida, el acto poético (ya sea de emisión o de recepción) no puede ser sino un acto de *resistencia*. Literatura de las catacumbas –*underground*– donde oficia el pequeño editor consagrado a su fe y a su sacerdocio, la poesía moderna no existe sino para oponerse a todas las formas de la modernidad, siendo por esencia, como lo ha puesto de manifiesto Octavio Paz²⁹, crítica de la razón crítica, retorno de lo inhibido de la ideología del progreso y del racionalismo triunfante.

Hoy, sin embargo, el combate no es sólo el del pensamiento racional contra el pensamiento analógico, el de una visión lineal de la Historia contra una visión de la correspondencia universal, sino el del mundo de lo virtual contra el de lo real, combate mucho más rudo y temible. Ya que todo está mediatizado por la pantalla (del ordenador, de la televisión), sólo existe lo que pasa por ella. Si, como hemos visto, la realidad es, en su fondo, el resultado de una construcción indisolublemente mental y lingüística, tiende ahora a convertirse en una construcción de construcción –una imagen de imagen. Percibo –nombre– no ya la cosa que tengo frente a mí, sino su

²⁸ Pourparlers, *op. cit.*, p. 240.

²⁹ Ver Point de convergence, Gallimard, 1976 y La otra voz, Seix Barral, 1990.

doble catódico o numérico, nueva formalización que se añade a la precedente. Lo virtual es esto: *lo indefinidamente diferido*. Incluso (y sobre todo) si creemos estar «en directo». La realidad será cada vez menos una *descripción* del mundo, variable según los puntos de vista (las lenguas), para convertirse poco a poco en una *simulación* uniformada, generalizada. Reino de lo Mismo. Pues la «comunicación» no es relación con el mundo o con el otro, sino con la pantalla. Con la cual el otro también se relaciona. Distancia infranqueable, por virtual. Abolición de los cuerpos. Y de lo real.³⁰

De aquí deriva la importancia vital de esta cosa sin valor utilitario y mercantil –por tanto inexistente– que es el poema. A la virtualidad de la comunicación opone el *contacto* de un lenguaje corporalizado; a la difusión *non-stop* (todo comunica desde todas partes y sin fin), el cortocircuito, la síncopa de un lenguaje que *hace el silencio*, que *no comunica nada*, porque «no está en su naturaleza el significar –escribe José Ángel Valente–, sino el manifestarse» y ser «un lugar de manifestación»³¹; a las cualidades técnicas, a la hipertrofia espectacular de una identidad mediatizada (los presentadores, cantantes, deportistas o políticos no son sino su imagen), la desaparición del yo en la irrupción («Yo soy otro») de su alteridad; en el reino del *signo* que, remitiendo siempre a otra cosa, me arranca al aquí-ahora de lo real para perderme en el bosque abstracto de las imágenes, de los dobles, de los simulacros, la unidad viviente y singular de una *forma* que es advenimiento de una presencia, ritmo; a una temporalidad fantasma (pasado y futuro inexistentes, instante evanescente) cuya linealidad indefinidamente fragmentada hace de la existencia una desenfadada carrera de obstáculos hacia el vacío, el presente sin cesar renaciente de una enunciación, que es el único tiempo verdadero³²; al poder, en fin, que es confiscación del devenir por la Historia, del cuerpo por la imagen, del otro por lo mismo –de lo real por la realidad–, la fragilidad de una pasión: la de lo desconocido que es la de la vida misma.

Traducción de Rafael-José Díaz

³⁰ Cf. Jean Baudrillard, *La transparence du Mal*, Galilée, 1991.

³¹ La piedra y el centro, *op. cit.*, p. 60.

³² «De la enunciación procede la instauración de la categoría de presente, y de la categoría de presente nace la categoría de tiempo. El presente es propiamente la fuente del tiempo. Él es esa presencia en el mundo que sólo el acto de la enunciación hace posible, pues, reflexiónese bien acerca de ello, el hombre no dispone de ningún otro medio de vivir el 'ahora' y de hacerlo actual sino realizarlo por la inserción del discurso en el mundo». Emile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*.